



LA VERSALLESCA

[JUAN RIVAS SANTISTEBAN]



**La
Versallesca**

Juan Rivas
Santisteban

Primera edición: mayo de 2022

© Copyright de la obra: Juan Rivas Santisteban

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 978-84-125103-2-4

Código ISBN digital: 978-84-125103-3-1

Depósito legal: B 3941-2022

Corrección: Teresa Ponce

Maquetación: Celia Valero

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions www.angelsfortuneditions.com

Derechos reservados para todos los países

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley»

*A los desamparados de tierra y época,
pues vuestro esfuerzo de leer justifica el mío de escribir.*

LIBRO I

De la historia de ambas infancias

I

Un prólogo

En el fulgor de la esperanza, de lo promiscuo del humano y en la desazón del errante; en la hojarasca del barro retozado, de la calavera putrefacta y del aguardiente amable (es posible, quizá); en las horas afectuosas donde el amor temple mi ánimo, posponiendo el horror y renunciando a la dura exigencia cotidiana; en todo esto es en lo que podríais percibir algún atisbo de la fuerza que me impele —o que me exhorta— a relatar los eventos que acontecieron a la más desgraciada y triste de las personas.

La acechante muerte siempre pugna por desbaratar ese sentido lábil que los vivos construyen en torno a su temporal ausencia.

En el tiempo donde se busca el mal ajeno y los pastorcillos azuzan sus bienes, afloró en el seno de una familia burguesa venida a menos el lozano y paupérrimo don André Le Roy, uno de los personajes menos dichosos que la nodriza tuvo la obligación de amamantar —aunque tal hazaña no era impropia de aquella urbanidad asimétrica, crecida entre los meandros del Sena—. El día que nació, los callejones que lo guarnecían, y que estaban

repletos de musgo y delincuencia, parecían resonar con una dulcísima melodía triunfal, pues el destino de muchos franceses pronto estaría entrelazado con el caprichoso devenir de André.

En el primer estertor vital de la criatura, su madre, la sonrojada Mariette, se deshizo en primorosas miradas que el ambiente, a pesar de su naturaleza hostil, no era ya capaz de atenuar. Las pisadas del transeúnte no eran más que prodigiosos atropellos auditivos, las luces del burdel no albergaban más pecado que la propia pulsión de vida, y los carruajes ya no tenían aquella febril prisa por averiguar el inminente futuro. La cuadra donde alumbró al benjamín ya no era hedionda e infecta, la sequía de los campos era el caballo de Apolo lavando el cielo. La pobreza no era sino la ausencia de lo amado y la riqueza ahora residía en sus tenues brazos.

El día era gracioso, pues permitía admirar todo cuanto tiene uno, y la noche le seguía igualmente hermosa, pues da esa añoranza de lo que no podemos ya ver.

La vida del joven muchacho floreció entre los esfuerzos de sus familiares por mostrarle lo bello que ellos veían del mundo, a pesar de que este parecía esforzarse en no verlos. La destartalada casucha en la que malvivían permitía algunos recuerdos de infancia sosegada, rodeado de sus hermanos y otros vecinitos hacinados en un salón crujiente, que, de tanto crujir, alguno podría pensar que las almas de los árboles eran lamentosas,

expresándose con ondulantes alaridos y astillando los viejos maderos.

Otro día, por ejemplo, recuerdo como un jovencísimo don André intentó imitar la costumbre de algunos conciudadanos más favorecidos por el capricho de Fortuna y se dirigió ávidamente al parque del Areté para nada en concreto. A sus cinco años, André no tenía inquietudes ni otro tipo de intereses más allá de los impuestos, o bien por sus progenitores, o bien por su propia naturaleza: gustaba de comer un plato que no fuera solo mendrugo, también disfrutaba del equilibrado *parfum* que usaba Mariette o con el inocente juego fraternal. Había muchos placeres que ya conocía. Lo que no sabía hasta aquel agradable día era que, a pesar de lo que sus padres o genes le dictaran, había cosas de las que uno podía disfrutar en soslayo, cosas que eventualmente llegaría a estudiar en profundidad.

A pesar de su nula familiaridad con las principales áreas del conocimiento humano —aún estaba limpio de prejuicios, como una *tabula rasa*—, se solazaba en una materia que había tenido la agudeza de desarrollar: la contemplación. Paseó por entre los árboles repletos del miasma solar que embargaba todos los sentidos del veleidoso caminante, hasta que llegó a una veranda más interna y algo lóbrega del parque. Lo que primero allí captó fue un bello patrón sonoro, el cual ya era mucho más remarcable que toda imagen en la memoria de su corta vida.

Replicaba el agua rezumante en un continuo delirio circular que, sin ser consciente de ello, la contenía en el laberinto de estanques cuya envergadura se extendía hasta conformar una recta línea de final indistinguible. Entonces, la distancia de los montes, antes infinita a sus tiernos ojos, le pareció acortarse súbitamente. Corrió pronto hacia un estético balcón desde el que se veían multitud de lugares escarpados que nunca tendría la oportunidad de visitar, solo para darse cuenta de cuánto le gustaría poder hacerlo. Nadie puede pisar cada imagen que ve en la lejanía, pues en una vida no hay tiempo ni motivaciones suficientes.

Había un hombre de espalda severamente ajada labrando la tierra, y los campos que se amontonaban en el horizonte del incipiente atardecer daban paso a la majestuosidad de las colinas —ya doradas de secas, pues tuvieron que soportar un estío anómalo en Nanterre—. El pequeño André no tenía aún las facultades para entender la profundidad de lo que vio ese día, pero aquella escena anidaría muy dentro en sus sienes. Años después, la estampa emergía a la superficie de su consciencia mediante una recurrente pregunta: ¿acaso ese labrador sabría que trabajaba infructuosamente unos suelos estériles?

He de confesar que yo soy el mismo André Le Roy del que hablo, aunque no faltaría un ápice a la verdad si digo que ahora también soy otro. La historia que me aventuro a escribir no está exenta de sesgos y otras abducciones de lo real, y aun así siento

que no es un error narrarla. Desde esa calmosa tarde mantuve una difusa convicción de que me aguardaba un destino elevado o, al menos, mucho más remarcable que el de aquel anciano, un honesto y sin embargo simple dueño de suelos ingratos e infecundos por igual.



Acerca del autor

Juan Rivas-Santisteban (Andújar, 1995) es un autor que debuta como novelista con *La versallesca*.

A través de un peculiar estilo lírico, confronta de manera mordaz cuestiones actuales de las sociedades humanas.

Actualmente se encuentra escribiendo la tesis doctoral en el Centro Nacional de Biotecnología, en el ámbito de la ecología molecular.